



**LA RENUNCIA AL ACTO:
UN ACERCAMIENTO
DESDE LA LITERATURA**

Adriana Pertuz Valencia

LA RENUNCIA AL ACTO: UN ACERCAMIENTO DESDE LA LITERATURA

Resumen: Se presenta una mirada al problema de la renuncia al acto desde dos textos literarios: *Memorias del subsuelo* de Fédor Dostoiewski y *Rayuela* de Julio Cortázar. Las reflexiones que los personajes principales de estas dos obras hacen respecto a la inacción son puestas en diálogo y analizadas a la luz de algunos planteamientos de Virginia Woolf, Friedrich Nietzsche, Giorgio Agamben y de la obra *Bartleby, el escribiente* de Herman Melville.

Palabras clave: Acto, inercia, conciencia, potencia, renuncia.

RENOUNCING THE ACT: AN APPROACH FROM THE LITERATURE

Abstract: The problem of the renounce to the action is presented here. The analysis is based upon two literary texts: *Notes from the Underground* by Fédor Dostoievski and *Rayuela* by Julio Cortázar. A dialogue is set up between the thoughts about inaction of the characters from these two works. They are analyzed under the light of some proposals by Virginia Woolf, Friedrich Nietzsche, Giorgio Agamben and of the story *Bartleby, the scrivener* by Herman Melville.

Keywords: Act, inertia, conscience, potentiality, renounce.

Fecha de recepción: abril 29 de 2013
Fecha de aceptación: mayo 29 de 2013

Adriana Pertuz Valencia: colombiana. Física de Universidad de Antioquia. Estudiante de Maestría en Estética, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

Correo electrónico: apertuzv@unalmed.edu.co.

LA RENUNCIA AL ACTO: UN ACERCAMIENTO DESDE LA LITERATURA

*La sospecha de que más allá, donde ahora veo el aire limpio,
o en esta indecisión, en la encrucijada de la opción,
yo mismo, en el resto de la realidad que ignoro
me estoy esperando inútilmente*
Julio Cortázar, *Rayuela*

“Salir, hacer, poner al día, no eran cosas que ayudaran a dormirse. Poner al día, vaya expresión. Hacer. Hacer algo, hacer el bien, hacer pis, hacer tiempo, la acción en todas sus barajas” (Cortázar, 2005, p. 29) —se queja el siempre insomne Horacio Oliveira. Sentado en el borde de la cama, fumando un cigarrillo, sin que esas cosas que tranquilizan a tantos le ayuden a encontrar la calma. El frenético hacer del hombre-hormiga, el incesante sucederse de la acción no lo convence. Y es que cuando se duda del acto mismo, no porque sea *esto* o *aquello*, sino por su misma naturaleza de acto, no es tarea fácil conciliar el sueño.

Tiene razón al preocuparse Oliveira, porque, ¿Qué sería de él sin la baraja infinita de acciones que despliega cada día? ¿Qué es el hombre si no eso? “Hago, luego existo”, dice el hombre sensato, el hombre sano, el que sabe que el pensamiento por sí solo no garantiza la existencia. El mismo que quizá prefiere pensar en un Descartes que se levanta de su sillón junto al fuego y toma la merienda o se va a dar un paseo. Comer manzanas, caminar, viajar, asearse: desplegar la propia baraja de pequeños hechos. Es esto lo que al hombre común le basta y sobra para saberse real, para afirmarse como parte de algo significativo. Si Descartes permanece en la memoria colectiva no es exclusivamente por haber pensado, o al menos no solo por eso, sino por haber asumido la labor de la pluma y el tintero, poniendo así en marcha la cadena de los acontecimientos. De haberse conformado con verificar su existencia —solo a través del pensamiento—, hubiera podido quedarse en su sillón, recluido en los giros infinitos de su conciencia, a la manera de *Bartleby* (Melville, 2005). Sin embargo, se levanta y escribe; y es por ese acto de escritura que sabemos, además, que cerrar los ojos y confiarse solo al

pensamiento abre las puertas a la duda más insistente de todas: la incertidumbre de la propia existencia.

El pensamiento por sí solo no parece garantizar el existir —el *ser*—, y ni siquiera el *vivir*. No cuando se abandona el plano de la lógica deductiva y se ingresa en aquel donde nos ocupamos de comprar mandarinas. El pensamiento puro se nos presenta allí, entre los puestos del mercado, como un asunto de seres incorpóreos, imaginarios; pero el hombre de carne y hueso solo es posible en las largas cadenas de actos. Bartleby, de cuyo pensamiento nada sabemos, del que solo se escucha el obstinado *preferiría no hacerlo*, se desvanece para el mundo y apenas parece permanecer su presencia para el abogado que lo ha contratado. No quiere decir esto que en él no se dé una existencia de otro tipo; presencia que se instala en una forma *otra* y que incluso afecta de modo intenso a los que se dejan alcanzar por ella. Sin embargo, no se trata de un estar en el mundo a la manera del hombre “sensato”: en Bartleby todo rasgo humano se desdibuja o se patetiza del modo más extraordinario. Además, si pensamos en el problema de la renuncia al acto, puede decirse que es solo en el momento de su muerte cuando esta se da por completo: antes de ese instante aún camina, vive en la oficina, se lava y come bizcochos de jengibre. Es solo cuando el escribiente completa la progresión ascendente de la renuncia que este muere con los ojos abiertos.

Ahora bien, si el solo pensamiento no avala la existencia, ciertas formas de este parecen —por el contrario— arrojar una sombra sobre ella, cuestionando la acción en su misma esencia. Así lo encontramos, por ejemplo, en *Memorias del subsuelo* de Dostoievski (Dostoievski, 1864/2010), cuando el personaje principal —casi el único— dimite de su cargo como funcionario para encerrarse en su “ratonera”. Autodefinido como más inteligente que el resto, alma en extremo lúcida, el hombre del subsuelo se ve a sí mismo como poseedor de una conciencia clarividente y refinada: “Me entrego al pensamiento. Dicho de otro modo, en mí, toda idea provoca inmediatamente otra, y así continúa sucediendo hasta el infinito. Tal es la esencia de todo pensamiento, de toda conciencia” (Dostoievski, 2010, p. 16). Sin embargo, una vez nos internamos en su monólogo, advertimos que no se trata del pensamiento del hombre común, sino de uno particularmente intenso, de una constante sucesión de imágenes e ideas que no da tregua. Este hombre, cuyo nombre desconocemos, se abandona a un continuo diálogo consigo mismo, a un soliloquio reverberante y corrosivo que no cesa. Se trata de una condición casi clínica que lo separa del resto: abajo —en el subsuelo— está él; arriba —en las calles, en la vida—, los hombres de acción, los de carácter. División que él mismo señala y que además alberga una paradoja. Por una parte, parecería estar declarando al hombre de inteligencia como superior al resto: el del subsuelo, con su conciencia excelsa, se plantea como la antítesis del espontáneo y sencillo hombre de acción, para el cual reserva calificativos como “imbécil”, “tonto”, “obtusos” y “de espíritu mediocre”, haciendo aparente gala del mismo elogio a la razón ilustrada que aún resonaba en el siglo XIX. Pero, por otro lado, dando un

giro completo al argumento, la conciencia es admitida por él mismo, no como una ventaja sino como una terrible carga. Más que eso, es una *enfermedad*: “Una conciencia demasiado clarividente es (se los aseguro a ustedes) una enfermedad, una verdadera enfermedad. Una conciencia ordinaria nos bastaría y sobraría para nuestra vida común” (5). Vida de la que él mismo retrocede, exiliándose cuando se interna en su madriguera bajo tierra. Su lucidez es una dolencia que, incluso, pone en entredicho la condición humana del que la padece: “a pesar de todo el refinamiento de su conciencia, llega a considerarse no más que como un ratoncito. Es quizá un ratoncito de extremada clarividencia, pero no por eso deja de ser un ratón y no un hombre, mientras que el otro es de verdad un hombre” (9).

Tal grado de conciencia llega a representar para él mismo una desviación indeseable de la norma, ya que el hombre sano sería el de la acción, el sencillo y espontáneo, ese que en sus propias palabras es “el hombre en que soñaba nuestra tierna madre naturaleza cuando nos puso amablemente sobre la tierra”(9), afirmación a la que añade: “no niego que es tonto. Pero ¿qué saben ustedes de esto? Es posible que el hombre normal haya de ser tonto. Incluso es posible que sea hermoso” (9). Esto es claro, ya que un mundo que pretende permanecer en marcha requiere del que actúa y no del que se encierra en su propio padecimiento. Lo cual, volviendo a Horacio en el borde de la cama, es confirmado por el mismo Cortázar: “Y estaba bien, porque la especie no podía fiarse de tipos como Oliveira” (Cortázar, 2005, p. 32). Tampoco del hombre-ratón ni de los Bartlebys. No son funcionales los seres que se quedan de pie pasmados o que se van a sus cuartos a no hacer absolutamente nada. Y es que el pensamiento en este sentido, una conciencia hipersensible de esta manera, parecería incapacitar, o por lo menos disminuir la facultad para el acto: “Un hombre inteligente no consigue nunca llegar a ser nada... sólo el imbécil triunfa” (Dostoievski, 2010, p. 3). Para el hombre del subsuelo y para todo el que se interne en ese tipo de existencia, “es por completo imposible no sólo cambiar, sino, generalmente, reaccionar de algún modo” (7). En un acto sencillo como la venganza —esto es, responder a un insulto con otro de su misma clase—, ese ser hiperconsciente pone en evidencia su diferencia con el resto: compara al hombre de acción con un toro furioso que embiste con la cabeza gacha, deteniéndose solo ante los muros, ya que “en su estupidez natural, considera su venganza como una acción perfectamente justa” (9). Mientras que él, ratón clarividente, es incapaz de abandonarse a sus sentimientos o de obrar a ciegas, renunciando a toda razón o causa. Al contrario, comienza a sospechar de cualquier cosa que pueda llamarse justicia, se embarca en una larga serie de cuestionamientos, llenándose de dudas y cavilaciones, dándose cuenta de que no hay respuesta posible: “Mi cólera está sometida a una especie de descomposición química, en virtud precisamente de esas malditas leyes de conciencia. Apenas distingo el objeto de mi odio, he aquí que éste se desvanece, los motivos se disipan, el responsable se volatiliza, el insulto deja de ser insulto y se presenta como obra del destino, como algo semejante a un dolor de muelas” (16).

Para obrar necesita remontarse a las causas primeras, hurgar en el acto mismo hasta llegar a su raíz, cuestionarlo hasta las últimas consecuencias; pero sabe que lo hace en vano, y que tarde o temprano ha de renunciar a su propósito. Solo los hombres de acción, “debido a su estrechez de espíritu, toman las causas secundarias, inmediatas, por las principales; y mucho más fácilmente, mucho más rápidamente que los no obtusos, se imaginan haber encontrado las razones sólidas, fundamentales, de su actividad” (15).

Es esa larga cadena de pensamiento la que en primera instancia impide toda acción. Quien se arroja al abismo, en cuyo fondo estaría la causa primera, nunca deja de caer: su vida es una caída libre infinita, un perpetuo salto al vacío. Pero entonces, la cadena de ideas amenaza con volverse un grillete: como el que no puede olvidar, el hombre del subsuelo no puede dejar de pensar, es un Funes de la razón, arrojado a una sucesión interminable en la que se pierde y que, en últimas, se resuelve en una ruptura con el mundo, con todo obrar. Sin embargo, no se trata solo de que la prolongación del pensamiento posponga la acción hasta un futuro inalcanzable o de que absorbo en su diálogo interno el hombre del subsuelo no pueda actuar simultáneamente. El problema es que al dar el salto, a medida que se prolonga su caída, se hace consciente de la “ausencia (claramente percibida, pero siempre dudosa) de toda solución” (10), se da cuenta de que ha saltado a un pozo sin fondo. Y es ese *darse cuenta*, precisamente, el que para el hombre del subsuelo significa saber-se, dolorosamente, a cada momento, llevar un espejo en frente suyo —como sostenido del cuello—, el cual no deja de presentarle obstinadamente su reflejo. Día tras día *sabe* que cualquier cosa no es más que un engaño, una representación burda que se hace pasar por un mundo. Su mirada se interna más allá del velo de la falacia, del lenguaje, de los constructos que sostienen el falso edificio. Es una conciencia que se sustrae al mundo y se petrifica en su condición de espectadora: da un paso atrás, al que quizá las cosas —y el resto de los hombres— responden con un paso adelante que los aleja doblemente. El hombre del subsuelo se sabe a sí mismo mirando las cosas desde el otro lado de un puente, es consciente de la separación que, en esa otra historia, la Maga le reclama a Oliveira: “Vos sos como un testigo, sos el que va al museo y mira los cuadros. Quiero decir que los cuadros están ahí y vos en el museo, cerca y lejos al mismo tiempo. Yo soy un cuadro, Rocamadour es un cuadro. Etienne es un cuadro, esta pieza es un cuadro. Vos creés que estás en esta pieza pero no estás. Vos estás mirando la pieza, no estás en la pieza” (Cortázar, 2005, p. 33).

Una conciencia aguda que se separa de las cosas para mirarlas desde la distancia, como esa que tal vez se trasluce en las cavilaciones tempranas de Nietzsche. Un pensamiento como el que encontramos en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (Nietzsche, 1996), que ya en la primera página se eleva en el espacio-tiempo para echar un vistazo a la glaciación última, para observar en la escala cósmica la tierra detenida y helada, mientras al mismo tiempo advierte la presencia ínfima de la mosca que zumba, a la que el más logrado, el más activo de

los humanos jamás supera. Aquí Nietzsche se encarga, con su especial ímpetu, de señalar el traje del emperador que lleva el lenguaje, de desenmascarar la falacia de los castillos conceptuales que se arman con palabras. Revela una ficción que es necesaria, pero que al fin y al cabo nunca deja de ser una farsa. Condición que también conoce el hombre del subsuelo, quien no encuentra principios fundamentales sobre los cuales levantar su edificio y que no puede alcanzar de tal forma la tranquilidad de espíritu. Y si en Nietzsche la principal duda recae sobre el lenguaje, por un camino paralelo, la encontramos en Dostoievski desplazada hacia el acto.

En primer lugar, esa “conciencia refinada” se presenta como una especie de mirada panorámica que todo lo aplanan. Desde arriba, en caída libre, el hombre subterráneo vislumbra los confines del mapa y reconoce que todos los caminos llevan a la misma parte, es decir, a ninguna; se proyecta en el tiempo y contempla la glaciación final, la extinción que amenaza a la especie pero que también se yergue frente a cada hombre en su escala diminuta, esa que hace que toda acción sea siempre la misma entrada a la misma encrucijada, la que revela que todo hacer es exactamente igual a no hacer nada. Es ese pensamiento infinito, rasante, el que también acechaba a Horacio Oliveira en su cama: “lo malo estaba en que a fuerza de temer la excesiva localización de los puntos de vista, había terminado por pesar y hasta *aceptar demasiado el sí y el no de todo*, a mirar desde el fiel los platillos de la balanza” (Cortázar, 2005, p. 31). En últimas, ambos se dan cuenta de que la colorida baraja de las acciones no es más que un entretenimiento antes de empezar a soplar el viento helado. Un artilugio de mago o de circo, igual que el gato calculista. La conciencia revela el truco, muestra el hilo transparente o la punta doblada del naipe. Pensar —pensar en ese sentido— es alinear la baraja y empujarla al borde de la mesa, deponer las cartas. Los dos advierten que toda acción no es más que una distracción. ¿Pero de qué? ¿Acaso hay un afuera más allá de la carpa circense? ¿O es el toldo multicolor el que ven allí en la frontera del universo en expansión? Parece que para estos hombres el big-bang fuera aquello que infla desde el principio de los tiempos la tela remendada mientras suenan los redoblantes. Y ellos son el prestidigitador, o el espectador aburrido, que en vez de seguir el truco se queda mirando fijamente un dos de corazón, dándose cuenta del agujero que se abre detrás de cada acción. Como lo expresa Oliveira: “detrás de toda acción había una protesta, porque todo hacer significaba salir de para llegar a, o mover algo para que estuviera aquí y no allí, o entrar en esa casa en vez de no entrar o entrar en la de al lado, es decir que *en todo acto había la admisión de una carencia*, de algo no hecho todavía y que era posible hacer, la protesta tácita frente a la continua *evidencia de la falta*, de la *merma*, de la *parvedad del presente*” (29; cursiva propia).

En todo acto la admisión de una carencia, la parvedad insalvable del presente. A través de la acción encuentran siempre la falta: un presente que no puede ser solo presente, que necesita desbordarse hacia algo que todavía no es, y los hombres

comunes que no pueden ser solo hombres, que necesitan hacer, pero sobre todo, que necesitan ser *en* el hacer. El pensamiento de ellos —los subterráneos— es uno febril que en el fondo de cada acto no puede más que reconocer esto. ¿Y qué entonces? Entonces la inacción, la sentencia proclamada por el hombre del subsuelo: “El fruto legal, el fruto natural de la conciencia es, en efecto, la inercia: nos cruzamos de brazos conscientemente” (Dostoievski, 2010, p. 15). Entonces el funcionario que renuncia a su cargo y se va a envejecer a la ratonera:

I... y en consecuencia, sumergirnos, en silencio pero rechinando los dientes con voluptuosidad, en la inercia, sin dejar de pensar que ni siquiera podemos rebelarnos contra nadie, porque, en suma, no tenemos enfrente a nadie! ¡Y nunca lo tendremos, porque todo es una farsa, un engaño, un galimatías! No sabemos “qué” ni “quién”, pero, a pesar de todos esos engaños y de toda nuestra ignorancia, sufrimos, y tanto más cuanto menos comprendemos (12).

La impotencia frente a la farsa, frente al engaño que ya denunciaba Nietzsche. Pero al mismo tiempo comprobar que es una máscara que se retira dolorosamente, que saberlo significa que hay que pagar un alto precio; porque al fin de cuentas nunca se ha tratado en ellos de una cuestión del pensamiento puro, sino de su misma existencia, que a pesar suyo pero con plena conciencia de ello, se define por la forma en que son *tocados* por el mundo. La razón pura es inasible, pero se trata aquí de cuerpos, de hombres que sienten en los huesos la carencia insondable que se revela detrás de todo hecho. Más que un *saber* es un *darse cuenta*, porque es en su piel donde asoma la conciencia, esa que busca la respuesta última y no la encuentra. El hombre del subsuelo camina como en sueños por senderos estrechos, cubiertos por maleza cortante que se aferra a sus brazos y los desgarran a cada movimiento, a cada paso, a cada intento de un acto. Le laceran los afilados bordes de cualquier cosa, del mundo, de las multitudes, de los procedimientos.

Un siglo más tarde —casi con precisión matemática— encontramos el eco de esta voz en el antihéroe de Cortázar: “Lo único cierto era el peso en la boca del estómago, la sospecha física de que algo no andaba bien, de que casi nunca había andado bien. No era ni siquiera un problema, sino haberse negado desde temprano a las mentiras colectivas o a la soledad rencorosa del que se pone a estudiar los isótopos radiactivos o la presidencia de Bartolomé Mitre” (Cortázar, 2005, p. 30).

La sospecha física y la certeza en el estómago. La misma imposibilidad, la misma renuncia. Aquello que cierra el paso sin saber a ciencia cierta de dónde viene. Conclusión idéntica de Oliveira: “Creer que la acción podía colmar, o que la suma de las acciones podía realmente equivaler a una vida digna de este nombre, era una ilusión de moralista. Valía más renunciar, porque la renuncia a la acción era la protesta misma y no su máscara” (30).

La pregunta se alza entonces: ¿En qué consiste tal renuncia? ¿Qué puede hacer aquel que se encuentra de frente con la merma, con un presente disminuido? ¿Qué opción les queda cuando ya no se trata siquiera de mirar desde el fiel de la balanza sino de constatar que, en efecto, no hay balanza? Igualdad de los hechos que equivale a la nada. Pero, paradójicamente, una nada densa que se arrastra sobre el suelo, que se cuelga entre las calles y las paredes, como una niebla solapada que anuncia la glaciación venidera, esa que pondrá la misma escarcha en los pies de todos. Esto, nos recuerda Virginia Woolf, es lo que también sabe el que está en cama, presa de la influenza u otra dolencia: “Es sólo el yacente quien sabe que, después de todo, la naturaleza no se esfuerza por ocultar que ella al final vencerá; el calor dejará el mundo; rígidos y cubiertos de escarcha dejaremos de arrastrarnos por los campos; el hielo se amontonará en capas gruesas sobre fábricas y motores; el sol se extinguirá” (Woolf, 2002, p. 16; traducción propia).

Y no podemos dejar de escuchar la resonancia con ese hombre del subsuelo que ve en su exceso de conciencia una enfermedad. El yacente, el que no actúa, por obligación o decisión propia, aquel cuyos brazos cuelgan flácidos a su lado, el que depones las armas y, en palabras de Woolf, deserta del ejército de los erguidos. Ser consciente de esto es no poder avanzar *como ellos* —los otros— lo hacen, sino creer que al siguiente paso puede caerse a un agujero inmenso, es el saber punzante de que cualquier decisión es absurda, que solo puede caminarse a tientas con una venda sobre los ojos. Pero entonces, ¿es la única salida la de Bartleby? Oliveira nuevamente se preocupa: “‘Lo malo de todo esto’, pensó, ‘es que desemboca inevitablemente en el *ánimula*, *vágula*, *blándula*. ¿Qué hacer? [...] Las grandes voces de la historia instan a la acción [...]. Felices los que eligen, los que aceptan ser elegidos, los hermosos héroes, los hermosos santos, los escapistas perfectos” (Cortázar, 2005, p. 32).

¿Habrían de proclamar felices a los que actúan —porque de ellos será el reino de los cielos—, mientras ellos —los clarividentes— se emparedan vivos en el subsuelo? Y Oliveira continúa dudando, porque cual si fuese heredero del hombre-ratón, después de sospechar del acto, prolonga la cadena infinita para cuestionar a su vez la misma inacción:

Pero también podía ser que su punto de vista fuera el de la zorra mirando las uvas... Si la lucidez desembocaba en la inacción, ¿no se volvía sospechosa, no encubría una forma particularmente diabólica de ceguera? La estupidez del héroe militar que salta con el polvorín, Cabral soldado heroico cubriéndose de gloria, insinuaban quizá una supervisión, un instantáneo asomarse a algo absoluto, por fuera de toda conciencia (no se le pide eso a un sargento), frente a lo cual la clarividencia ordinaria, la lucidez de gabinete, de tres de la mañana en la cama, eran menos eficaces que las de un topo (33).

Una nueva encrucijada. ¿Es acaso cuestión de optar por la acción frenética y desaforada, o por la quietud extrema de la inercia? Sería una locura tratar de encontrar soluciones, de decidirse por un lado u otro, o peor aún, zanjar la dicotomía y optar por un gris punto intermedio. Claramente, plantear las cosas en términos de opuestos no ayuda aquí en nada. Se trataría de las mismas clasificaciones, las mismas reglas que el hombre del subsuelo y el mismo Nietzsche miran con recelo. No puede tratarse tampoco de plantear una suerte de dialéctica, pensando que de dos posturas opuestas pueda surgir una sintética, diáfana y clara, que las conjugue a ambas. Esto sería internarse nuevamente en el edificio tambaleante de los conceptos. En lugar de esto, optamos por detenernos a escuchar el murmullo que surge por debajo de las palabras de estos dos personajes, o lo que quizá presentimos en el silencio de *Bartleby*. Y es que los “casos patológicos”, aquellos que se ubican en los extremos, esas singularidades o puntos nodales, ese algo —o alguien— que de repente aparece pero que acto seguido se oculta, hiere con su presencia el entramado de lo que se creía estable. Ese estado de alteración, de divergencia, o de una enfermedad que no tiene que ver exclusivamente con influencias, se muestra como una entrada a otro lado, como una puerta entreabierta. Virginia Woolf lo sabía por experiencia, y en su ensayo nos ayuda a discernir ese ritmo otro que late en el subsuelo, que a la vez resuena en Oliveira y en *Bartleby*:

Apenas se requiere estar en cama, o hundidos en una silla entre almohadas; levantamos un pie sobre el otro aunque sólo sea una pulgada, y dejamos de ser soldados en el ejército de los verticales; nos convertimos en desertores. Ellos marchan hacia la batalla. Nosotros flotamos con las ramas en el riachuelo; en desbandada con las hojas muertas en el césped, irresponsables y desinteresados y capaces, tal vez por primera vez en años, de mirar alrededor, de mirar hacia arriba —de mirar, por ejemplo, hacia el cielo (Woolf, 2002, p. 12).

Apenas se requiere que estos hombres suelten la baraja por un momento para convertirse en desertores del gran juego. Bajamos del escenario para flotar a la deriva en el riachuelo o volar sin rumbo con las hojas otoñales. A veces dan un paso atrás o yacen en el lecho; se esconden en el subsuelo, cuelgan del borde de la cama porque ante la sola idea de cualquier acto responden: *preferiría no hacerlo*. Irresponsables y desinteresados; pero ante todo, y es aquí donde se abre la puerta al otro lado: por primera vez, o ahora más que nunca, *capaces*. Hacen estallar la ficción en mil pedazos, arrojan las cartas al aire porque ya no los subyuga su orden.

Podemos seguir a Giorgio Agamben (2005), quien descubre en el relato de Melville no solo el problema de la inercia, sino también una alusión a la potencia. Si tomamos un fragmento de su análisis, encontramos algo que resuena con lo planteado anteriormente: “Como escriba que ha dejado de escribir [*Bartleby*] es la figura extrema de la nada de la que procede toda creación y, al mismo tiempo, la más implacable reivindicación de esta nada como potencia pura y absoluta”

(Agamben, 2005, p. 111). A lo que añade más adelante: “Bartleby no consiente, pero tampoco se limita a negar, y nada le es más extraño que el *pathos* heroico de la negación” (113). La inercia no es, desde ningún punto de vista, un negarse, escoger el “no” en lugar del “sí”, sino que como sugiere Deleuze (2005), es abrir una zona de indiscernibilidad entre ellos, el lugar de lo contingente. La inacción es vista por Agamben como acto de descreación, como repliegue sobre sí misma de la palabra que erige mundo. En este caso, la distancia que separa la conciencia lúcida de las cosas del mundo no es ese abismo insondable que la destierra, sino el que permite el juego entre lo cercano y lo lejano, entre la presencia y la ausencia. Si recordamos a Benjamin con su definición de aura, quizá reconozcamos algo similar: la aparición de una lejanía en lo cercano. ¿Y cómo hablar del aura sin desligarse del acto?

Tal vez baste decir que en ese contemplar el cielo por vez primera, la baraja de la acción cae de la mano de estos hombres y se dispersa por el suelo, arrugada y desordenada; sin que ellos puedan, sin embargo, dejar de advertir que en un rincón, desde una carta antes olvidada, el bufón con el sombrero de colores hace un guiño en su dirección

REFERENCIAS

Agamben, G. (2005). “Bartleby o la contingencia”. *Preferiría no hacerlo*. Valencia: Pre-Textos.

Cortázar, J. (2005). *Rayuela*. Bogotá: Fundación Promotora Colombiana de Cultura.

Deleuze, G. (2005). “Bartleby o la fórmula”. *Preferiría no hacerlo*. Valencia: Pre-Textos.

Dostoievski, F. (2010). *Memorias del subsuelo*. Madrid: Letra Libre.

Melville, H. (2005). “Bartleby el escribiente”. *Preferiría no hacerlo*. Valencia: Pre-Textos.

Nietzsche, F. (1996). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.

Woolf, V. (2002). *On Being Ill*. Ashfield: Paris Press.